

por su parte pasar en vela las pocas horas que faltaban para acabar la noche, é ir apenas amaneciera al hospital, para ver á Pico.

Don Fernando había empezado á ser sobrio en sus preguntas, é Isolina más y más reservada en sus respuestas; de manera que al llegar á la casa, don Fernando empezó á sentirse dispuesto á abandonar, por aquella noche al menos, su aventura galante, recogíendose aún á tiempo para no inspirar sospechas.



CAPÍTULO III

—
EN EL QUE SE VE
QUE LA CARRERA DEL TEATRO NO
ES UNA SENDA DE ROSAS

ISOLINA pasó la noche sentada, esperando la primera luz; doña Atanasia opinó por el descanso por el temor al asma, y don Fernando entró á su casa con el sigilo con que lo hacía todas las noches; sigilo que el viejo hipócrita hacía pasar por delicada atención á su familia.

Aquella velada estaba siendo para Isolina una recapitulación de todos los extraños acontecimientos de aquella noche, que entre

las muchas y muy terribles que había pasado ya, le parecía la más memorable.

Cuando más absorta se encontraba, y su imaginación más distante de todos los objetos que la rodeaban, oyó claramente el gorgo de una golondrina; la primera ave que saludaba á la aurora aquella mañana.

Vagó por los labios de Isolina una sonrisa, y dió gracias interiormente á aquella ave que le había avisado que ya podía salir; le pareció que la parlera golondrina era una amiga suya, que también había estado en vela tomando parte en su tribulación.

—Todavía tiene el cielo para mí aves que canten: todavía tengo esperanzas. ¡Gracias, Dios mío!

Isolina salió de la habitación sin esperar á doña Atanasia, y recordando el rumbo que había seguido y las calles que había andado en compañía de don Fernando, se dirigió al hospital, preguntó por el oficial de guardia y le pidió permiso para subir á la sala en donde se encontraba Pico.

El oficial, aunque acabado de despertar,

abrió los ojos lo bastante para conocer que su interlocutora tenía muy buena presencia, y por lo que pudiera resultarle de provechoso se ofreció á acompañarla él mismo.

Un enfermero le dijo á Isolina el número de la cama que ocupaba Pico.

Atravesó media sala, se paró frente al número y buscó en el informe monton de ropas que se levantaba de la cama, la cabeza de Pico; se acercó y pudo contemplarlo. Estaba dormido.

Isolina se detuvo sin hacer ruido y contemplaba, á pesar de la poca luz de la sala, la mortal palidez de Pico.

Permaneció de pié un largo rato, y después se hincó para percibir más claramente la respiración del enfermo.

Esta era lenta y regular; pero al cabo de un rato fué haciéndose gradualmente más rápida hasta convertirse en una especie de ansiedad.

Isolina fijó la vista en el semblante de Pico, y notó que sus cejas se contraían, como cuando se experimenta un intenso dolor;

después sus labios se movían como queriendo articular palabras que pugnaban por salir; por último se movió todo el cuerpo del enfermo y exclamó: ¡Isolina, Isolina! ¡Ay!.....

Sus facciones volvieron á entrar en reposo, y la respiración volvió á regularizarse después de un prolongado suspiro.

—Piensa en mí, pensó Isolina. ¡Pobre Pico, no sabe que aquí estoy!

Volvió á agitarse la respiración de Pico, y al decir por segunda vez: «Isolina!» abrió los ojos y los clavó en ésta y se quedó inmóvil por un momento.

El sueño y la realidad estaban confundándose.

—Aquí estoy, señor Pico, dijo Isolina muy bajito.

—¡Ah! exclamó Pico fuertemente. Usted, usted, Isolina..... ¡Qué buena es usted....!

—¡Cómo no he de quererla.....!

Dos gruesas lágrimas asomaron á los ojos de Pico, lágrimas que recogió Isolina con la más cariñosa de las miradas, y luego

poniendo su blanca mano sobre la frente de Pico, le dijo con tono cariñoso:

—¿No está usted de peligro?

—¿De peligro.....? no, ¡ca! qué peligro! Un cobarde asesino, un mequetrefe de esos que quieren faltarle á usted al respeto, me disparó su revólver por detrás; pero es en el brazo, se apresuró á agregar, es en el brazo y saldrá la bala; parece, según me dijo el médico, que no interesó el hueso; pronto estaré bien. ¿Y usted, Isolina, ha permanecido en casa de doña Anastasia?

—Sí.

Isolina no quiso decirle á Pico que lo había buscado en la noche, por no verse obligada á decir que la había acompañado don Fernando.

El oficial apareció en la puerta de la sala, é hizo seña á Isolina de que debía retirarse.

—Yo estaré pendiente, solicitaré permiso desde luego para estar aquí lo más que sea posible, y lo curaré á usted personalmente.

—¡Gracias, Isolina, gracias! Pero que no la vea yo á usted aflijida; esto no es nada,

tranquilícese usted y ya veremos lo que debemos hacer.

—Adios, señor Pico, hasta luego; voy á volver muy pronto.

Pico sacó su mano izquierda y estrechó la de Isolina, quien se desprendió del enfermo pudiendo apenas contener su emoción.

Volvió á entrar á la casa de D.^a Atanasia.

—¡Buena la ha hecho usted, mi vida! y yo que me levanté madrugando para acompañarla; ¡vaya! pues eso no está bueno, y la consecuencia antes que todo.

—Pero, señora.... murmuró Isolina; yo no quise molestar á usted.

—Y yo, si me meto en sus asuntos de usted, es solo por la recomendación de mi compadre Pico, que por lo demás no me echo nada en la bolsa, que soy una pobre; pero á pesar de los años que uno tiene cada día ve uno cosas nuevas.

Isolina sufrió con tan heroica resignación aquella andanada, que doña Atanasia misma volvió sobre sus pasos y agregó:

—En fin, ya esto pasó y usted no tiene por qué mortificarse; esta es casa de usted y yo su servidora; voy á mandar que le den á usted el desayuno.

Y la vieja dejó á Isolina en la sala.

A poco rato vino la criada andrajosa, trayendo una taza con chocolate.

—Vengo á hacerle á usted compañía, mi alma, porque yo ya me desayuné.

—Gracias, señora, yo no he venido más que á causarle á usted molestias y disgustos.

—¡No, qué disparate! vamos á hablar de otra cosa. ¿Qué le parece á usted el caballero que le acompañó á usted anoche? Es un hombre muy rico, tiene varias haciendas y es la persona más franca que conozco; sabe tirar el dinero como pocos, y eso sí, se da gusto.... hace bien, lo mismo haría yo; conque vamos á ver, ¿qué le ha parecido á usted?

—Señora.... si he de decir á usted la verdad, he estado tan impresionada con mi salida al teatro y me ha parecido todo lo

que he visto tan raro, que no he podido fijarme en las personas....

—No, no, ésa no cuela, mi alma; vea usted mis canas; y ustedes las jovencitas no son las que me han de dar á mí cartilla.

—Si usted se empeña, debo decirlo en cuanto á ese caballero, que me parece que se ha equivocado al juzgarme, y esto consistirá probablemente en que me ha visto salir á las tablas.

—¿Có.... cómo se entiende? ¿conque usted cree que se ha equivocado don Fernando? Usted es la que se equivoca, don Fernando es un hombre de mucha experiencia, de mucho mundo y de mucha penetración; y si nó, vamos á ver ¿en qué cree usted que se ha equivocado?

—Quiero decir, le ha parecido que yo sería capaz....

—¿De corresponder á su cariño, iba usted á decir? pues bien, en eso no se ha equivocado.

—¡Cómo!

—La verdad.

—Pero señora...

—Pero mi alma, usted se ha lanzado á la carrera del teatro, no sé si con dotes, porque no se puede decir nada todavía; pero en fin..... Usted va á vivir del teatro; según sé, no tiene usted familia, y mi compadre Pico no es nada de usted; pues bien, con todos estos antecedentes no se necesita mucho ni poco mundo para comprender que algo va usted á hacer.

—¿Cómo qué? á trabajar honradamente.

—¡Hum!..... y á vivir de *volo*.

—¿Cómo de *volo*?

—Sí, ganando cuatro reales en cada noche de representación.

—¿Eso es lo que gano?

—Nada más; de manera que con doce funciones en el mes, no puede usted mantenerse ni con maíz tostado.

—Coseré.

—¡La aguja! ¿y las máquinas de *guelelegüilión*? Es usted muy niña y está pensando todavía que las mujeres podemos vivir honradamente de nuestro trabajo; ya esos

tiempos se acabaron, y hoy por hoy, si uno no se ingenia.

—Señora.... me moriré de hambre.

—Eso decimos todas al principio; pero cuando le empezamos á ver los cuernos al diablo de la miseria, entonces somos capaces de todo; y si no, aquí estoy yo, confesadora y comulgadora como pocas, y dizque orgullosita como ahora usted, y ni por esas. ¡Ay! he pasado unos ratos que le aseguro á usted que ya tengo adelantado mucho en alivio de mis pecados; pues créalo usted, mi alma, este teatro ha sido mi purgatorio, y solo así he podido vivir de él.

—Usted me desconsuela, señora, en vez de animarme para que tenga fuerzas para luchar.

—Yo soy así; yo, la verdad por delante, que vale más pecar por avisado que por ignorante; y si hemos de hablar claro y vale darle á usted un buen consejo, no desdeñe usted á don Fernando y no le pesará.

—¡Jamás! dijo Isolina violentamente, y en seguida guardó silencio.

Doña Atanasia se la quedó viendo, y luego riéndose de una manera sardónica dejó á Isolina entregada de nuevo á su meditación.

Isolina acabó de cerciorarse de que estaba en poder de una mujer que quería venderla á toda costa.

—¡Es posible, exclamó, que mi destino me coloque á todas horas frente á la deshonra! ¿Qué genio infernal me lleva por esta senda, en la que no encuentro sino las odiosas ofertas de seres corrompidos? ¡Ah, no! no, mil veces; la muerte primero que avergonzarme de mí misma!

Apenas había acabado de formular esta resolución, cuando se presentó don Fernando.

Parecía otro hombre; Isolina creyó que tenía un aspecto distinto del que le notó en la noche.

D. Fernando iba irreprochablemente vestido, y sus ademanes eran de los más comedidos y exquisitos.

—Señorita, vuelvo tal vez á importunar-

la; pero es para traer á usted buenas noticias del herido.

—¿Ha conseguido usted algo en su favor?

—No lo pongo en duda, y todo saldrá como usted lo desea; pero antes he creído necesario tener con usted una conferencia.

—Si esa conferencia, contestó Isolina, ha de tener por objeto conseguir de mí algo que pugne con mis resoluciones, puede usted omitirla porque todo será inútil.

—Quiero solamente fijar el carácter que desde hoy voy á tener en los asuntos de usted. Yo no le ofrezco á usted más que mi amistad y mi amparo como caballero; usted está sola en el mundo, porque la persona que le hace á usted compañía, á lo poco que puede hacer por usted en virtud de su situación precaria, agrega una nota que..... francamente, obligará á muchos á faltarle á usted á las consideraciones que se merece.

—¿Se habla de mí? ¿Se habla de Pico? dijo Isolina sorprendida.

—No debe ocultársele á usted que sabiendo todos que Pico no es su marido de usted.....

—Debe ser entonces mi amante ¿no es cierto?

—Exactamente, y la mujer que tiene un amante, puede cambiarlo, supuesto que amar no es poseer definitivamente.

—Pico es muy pobre, es cierto, y no es mi marido ni mi amante, y sin embargo, nos ligan íntimamente el respeto y la gratitud.

—Yo no censuro la conducta de usted y solamente me atrevo á suponer que esa amistad, que yo también respeto, no excluye la mía que ofrezco á usted sinceramente.

—Bajo esa sola condición la acepto, porque no dudo (sin ser por esto vanidosa) que así como ha empezado usted á conocerme, habrá aprendido á respetarme.

—El respeto lo impone la virtud, Isolina, y yo me precio de ser justo. Ahora, ordene usted lo que guste.

Isolina se quedó pensativa.

—¿Vacila usted aún?

—Temería á mi vez ofender á usted si tal hiciera.

D. Fernando se había colocado ya en la posición única en que cabía con respecto á Isolina, á quien tranquilizó aquel nuevo triunfo de su dignidad, aún en medio de todas las demás contrariedades.

Convinieron amigablemente en que don Fernando pondría en juego toda su influencia, á fin de conseguir que Pico viniera á curarse á aquella casa; y siendo ésta la más vehemente aspiración de Isolina, D. Fernando no vaciló en asegurar el resultado, ofreciendo solemnemente dar en esto á Isolina, una prueba de su lealtad y desinteresado afecto.

Después de una ligera conferencia, don Fernando salió de la habitación.

Isolina experimentó cierto bienestar al encontrarse sola y pensando que acaso no se pasaría el día sin volver á ver á Pico.

—¡Pobre Pico! decía. ¡Cuánto ha sufrido ya por mí! ¡Ay! mi destino es inexorable;

y hasta en aquello que me es más grato, como su afecto, encuentro un fondo de amargura que me atormenta. Pico me ama, pero me ama con un amor profundo que en vano deseo sentir por él; su amor, y todos sus sacrificios por mí, lo hacen acreedor á toda mi gratitud, á mi más sincera estimación; pero..... pero Pico no es para mí el bello ideal del hombre, no puedo amarle como él me ama á mí, encuentro no sé qué barrera insuperable entre nosotros y me siento condenada á verlo sufrir sin esperanza.

Isolina volvió á quedarse profundamente abismada.

